

El «cine» y el esperanto.

LIGERAS DIVAGACIONES ACERCA DE LOS IDIOMAS UNIVERSALES

UNA reciente proposición de Fred Niblo, director de la Metro-Goldwyn-Mayer, encaminada a utilizar el esperanto para las películas parlantes, da caracteres de actualidad a la figura del doctor Zamenhof, creador de aquel idioma. Esto de crear un idioma para que pueda entenderse todo el mundo es una de las cosas más grandes que se han imaginado, porque no hay nada tan desagradable como llegar a un país y quedarse hecho un pasmarote por obra y gracia de las divergencias lingüísticas. Claro está que lo de menos es idear la nueva jerigonza. Todos podemos darnos ese gustazo, y pocos serán los que no lo hayan hecho, pergeñando una clave para entenderse con la novia, o tal vez para cosas peores. La dificultad radica en divulgar el invento, en imponer su uso, en conseguir la apetecida eficacia. Y en esto han fracasado casi todas las intentonas, excepto la del famoso profesor polaco. Yo no sé si serán muchos los esperantistas, aunque presumo que sí; pero es lo cierto que, con relativa frecuencia, celebran Congresos, a los que acuden representantes de todo el mundo, y logran entenderse departiendo en el *linguo internazio*.

Esto tiene un mérito formidable, porque los idiomas no se pueden imponer, y mucho menos por la vía pacífica. Desde que el mundo es mundo, las lenguas se han divulgado



EL DOCTOR ZAMENHOF, CELEBRE INVENTOR DEL ESPERANTO.

1929

Blanco y Negro 1929

a cintarazo limpio. Se habló latín por doquier, cuando Roma sojuzgó a la Humanidad con su espada victoriosa. Se germanizó el habla, al derrocar el Imperio de Occidente las hordas teutónicas. Si Carlos Martel no detiene en Poitiers el alud musulmán, Europa hubiese hablado árabe, como lo habló España durante siglos, porque los moros nos lo impusieron con la cimitarra. En la época del cesarismo hispano, fué el castellano idioma internacional, como lo fué el francés durante la prepotencia del Rey-Sol, como lo es el inglés desde hace tiempo, como pudo serlo el alemán, si la gran guerra se decide en sentido contrario.

Claro que los idiomas artificiales nunca pasarán de ser un bello pasatiempo, aunque puedan lograr derivaciones prácticas, y ojalá suceda así con el esperanto. Un idioma es algo vivo, que late, y vibra, y evoluciona, y cambia; y así se explica la resolución de nuestra Academia dando paso a multitud de neologismos. Las palabras nacen por el uso, y no porque un señor, así sea más sabio que Merlín, las invente en su despacho, al amor de la lumbre. Muchas veces no sabemos el origen de un vocablo. Otras veces nos hace reír su génesis pintoresca. En plena francesada, el Ejército invasor compraba los caballos que no podía adquirir en las requisas de país conquistado. Desfilaban los vendedores ante el experto, que reconocía los cuadrúpedos. Cuando no eran de su agrado, los rechazaba, diciendo:

—*Plait pas.*

Los gitanos hablaban entre sí, inquiriendo el motivo de la repulsa.

—¿Por qué no ha querido er franchute eza perita en dulce?

—Dise que es una *plepa*...

Y la palabra arraigó, y todos la empleamos para designar algo inútil o de escaso valor. El marqués de Maucera, virrey de Méjico, gustaba de tomar el rico soconusco en una bandeja de plata con alvéolos para la taza y el vaso. Tal es el origen de la "maucerina", que, por corrupción, suele llamarse "marcelina". Otra corrupción análoga da el nombre de "ridículo" al bolso de mano usado por las señoras, sucedáneo del *retículus* que empleaban las damas romanas. Y así otras infinitas voces, cuya razón de existir no radica en etimologías ni en razones científicas. Existen, y esto es lo que importa.

Por lo demás, la idea de burlar el castigo bíblico impuesto a los osados constructores de la torre de Babel, émulos de los titanes mitológicos, en su ansia de escalar el cielo, es tan antigua como el mundo. (Bueno: ya me figuro que todos estamos en el secreto de que el asunto de la torre es una leyenda oriental con su linda moraleja, como las obras de Arniches. Antes de dispersarse la grey humana, los argos primitivos tenían un mismo idioma, que fué diversificándose a medida que la distancia y el tiempo alejaban del tronco común a cada una de las ramas. Conservábanse, más o menos cam-

biadas, las voces ancestrales, a las que fueron agregándose otras, a medida que surgen ideas, sensaciones u objetos que añaden alguna novedad al mezzuino acervo ideológico de nuestros respetables antepasados. Además, el clima influye mucho en la índole de los idiomas; en el Norte, como hace frío, se abusa de las consonantes, por no abrir la boca: de aquí esas palabras pletóricas de kkk y de jjj; cuyo sólo aspecto nos aterra. En cambio, en el Mediodía se hace un consumo atroz de vocales. Todo esto es en serio. Por lo menos, los filósofos lo dicen con una formalidad que atufa. Verdad es que no hay nada más divertido que los sabios cuando se sueltan el pelo, aunque no lo tengan.)

Volviendo a los precursores del doctor Zamenhof, nos encontramos a Rogerio Bacon, autor de las primeras insinuaciones acerca de un idioma universal, que fueron desarrolladas por el obispo Wilkins, y más tarde por Leinitz, Voltaire, Coudillac y los Enciclopedistas tuvieron su correspondiente programa filológico. Profundizando más, aparecen Maimieux, con su *Pasigrafía*; el padre Matraya, con su *Genigrafía*, y Steiner, con su *Pasilingua*. Por fin, Scheleyer inventa el *Volapük*, que despertó el interés universal, porque parecía haber logrado la solución del arduo problema, todavía mejor que el alemán Landau, creador del *Kosmos*, nada menos. Pero después de experimentos teóricos, muy satisfactorios, al parecer, se convocó un Congreso de *Volapük*... y no se entendieron ni en broma. La rechifla se oyó en Groenlandia.

Por eso tiene un mérito enorme el éxito del esperanto. No hace mucho he leído que otro sabio lingüista, el doctor Otto Jespersen, ha inventado un nuevo idioma universal. Eso no vale. Yo me permitiría rogar al doctor Jespersen, a quien no conozco si no es para servirle, que dedique a otra cosa sus estimables actividades. Y no es que yo ponga en duda los merecimientos de su obra. Todo lo contrario. Es que si vamos a tener tantos idiomas artificiales como de los otros nos quedamos peor que antes. Y, si se empeña en insistir, no voy a tener más remedio que divulgar otro idioma infalible, invento de un individuo a quien conocí en un café, hace años. Consistía en aprovechar la universalidad de la notación musical, dando una representación ideográfica a las notas del pentagrama. Era divertidísimo, y los amigos de la *peña* llegamos a aprender algunas palabras: Buenos días, *misi*; buenas noches, *simi*; bueno, *fala*; malo, *lafa*; señor, *sisol*; señora, *sisool*; subir, *dorremi*; bajar, *mirredo*. ¡Pobrecillo! Murió de un atracón de lengua estofada. No se puede negar que tuvo una muerte idónea. Todos lo sentimos muchos. Sobre todo el camarero, al que debía cuatro duros de cafés.

Augusto Martínez Olmedilla.